

# CULTURA GRECOLATINA Y LITERATURA CANARIA: EL MUNDO CLÁSICO EN MANUEL VERDUGO (II)

MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ  
Universidad de La Laguna

## RESUMEN

En el presente estudio tratamos de analizar el conocimiento de la Literatura clásica, la Historia de Grecia y Roma, y la Filosofía antigua en la producción literaria del poeta canario Manuel Verdugo.

## ABSTRACT

In the present paper we try to analyze the knowledge the Canarian poet Manuel Verdugo had of Classical Literature, History of Greece and Rome, and Ancient Philosophy through the study of his literary works.

Nos proponemos continuar hoy un trabajo que hemos iniciado en el *Homenaje al Profesor D. Sebastián de la Nuez* (La Laguna, 1991, pp. 193-214) sobre los aspectos del mundo clásico en el poeta afinado en La Laguna Manuel Verdugo. En él hicimos una breve referencia a los conceptos de cultura, cultura greco-latina y literatura canaria, además de ofrecer una breve semblanza biográfica de este autor y algunas alusiones a su figura literaria en el marco general de la literatura canaria de la primera mitad del presente siglo. Terminábamos esa primera parte de nuestro estudio haciendo una clasificación de la temática greco-latina en nuestro autor, organizándola en los siguientes apartados: conocimiento de la literatura clásica; conocimiento de la Historia de Grecia y Roma; conocimiento de la Filosofía antigua; conocimiento del Arte greco-latino; tratamiento del mito; temas y motivos horacianos; otros temas de profunda raigambre clásica y estudio del léxico (cultismos y neologismos). Intentaremos ahora abordar en estas páginas lo referente a los tres primeros temas, esperando poder finalizar en otra ocasión lo que quisiéramos que fuera un ejemplo de investigación en la relación mundo clásico-literatura canaria.

1. Pero antes de pasar al primero de los asuntos mencionados, nos parece oportuno ahondar algo más en la personalidad de nuestro poeta, especialmente desde la óptica de sus sentimientos y formación clásica, para así completar lo que dijimos en la primera parte de nuestro trabajo<sup>1</sup>. Verdugo se siente, en repetidas ocasiones, ante todo, un «pagano» que se recrea en el pasado, como lo manifiesta en el *Diario* de su viaje a Italia:

Sentado en el mismo lugar donde debió levantarse la imagen de la diosa Fortuna, contemplaba yo la vasta extensión del Foro solitario, solemne, y una intensa melancolía invadió mi alma pagana, enamorada de las edades muertas<sup>2</sup>.

(F. 41)

Este temprano paganismo de Verdugo ha de acompañarle toda su vida, y así en un soneto muy posterior, a la ciudad de La

Laguna, repetirá: «vibró mi alma pagana al ritmo dionisiaco y triunfal de la vida» (Hu. 91). Su amor es también pagano, lo que le hace soñar con el mundo de los dioses y profanar recintos cristianos:

Y lloro por mí mismo... Yo profano  
 con los anhelos de un amor pagano  
 la santidad de la mansión bendita:  
 ¡Sueño con las riberas luminosas  
 donde en claros altares y entre rosas  
 besaba el sol la estatua de Afrodita!  
 (E. 89)

Los comentaristas de nuestro poeta han resaltado unánimemente su profunda admiración por Grecia y Roma. Se sentía romano, un romano epicúreo, un romano de la Roma imperial, y un griego anacreónico. Su geografía moral y discursiva era la de la Grecia clásica<sup>3</sup>. Como afirma uno de sus antólogos: «Admira la jocundidad de Anacreonte, la forma imperecedera del arte griego, el esplendor de Atenas»<sup>4</sup>. De ahí que no tenga nada de extraño que alguno de sus benévolo críticos le haya adjudicado «un pasmoso conocimiento de la Grecia legendaria», (P. 9). Este conocimiento greco-latino lo adquiere Verdugo no sólo a través de su reconocido autodidactismo, sino especialmente a través de sus viajes por Europa y, sobre todo, durante su estancia en Italia, donde invirtió varios meses y muchos «caudales impregnándose de cultura humanística»<sup>5</sup>. Como tantos otros parnasianos, Verdugo visita una de las cunas de su admirada civilización. Lo curioso en este caso es que siendo tan filoheleno no haya estado en Grecia, como sí lo estuvo un compatriota suyo y de generación: Luis Rodríguez Figueroa. Esta visita al sur de Italia, en concreto a Nápoles, Capri y, especialmente, Pompeya, será decisiva en la formación humanística de nuestro poeta, quien no puede menos que exclamar:

¡Pompeya!... ¡Cómo adoro su remembranza triste,  
 su inmensa paz medrosa de tumba profanada!  
 ¡Qué doloroso anhelo por lo que ya no existe  
 despiertan esas ruinas de majestad sagrada!  
 (E. 77)

En varias ocasiones del *Diario* de este viaje nos cuenta el poeta el placer que sentía «vagando por los rincones más apartados de la ciudad muerta, pisando aquellas piedras milenarias, besando aquellos venerables muros llenos de grietas» (F. 11). Verdugo se identifica entonces con el pasado:

¡Qué lejos está el término del viaje!  
 ¡Y cuán cerca me encuentro del pasado;  
 el que crucé en frenética carrera  
 asiéndome a las crines del pecado,  
 siguiendo el rastro azul de una quimera!  
 (E. 64-65)

Desde el punto de vista estético-poético a Verdugo se le ha definido como un «parnasiano sentimental y un neoplatónico» (María Rosa Alonso): «su creación literaria sin duda la más perfecta que se haya registrado en la historia literaria del Archipiélago, desde el punto de vista de su estructura apolínea», según palabras del periodista L. Álvarez Cruz<sup>6</sup>. Llegó incluso a decirse que «así como Atenas se salvó por un verso de Eurípides, basta uno de Manuel Verdugo para que su nombre sea saludado por las auras del tiempo y la fama»<sup>7</sup>. Su amigo Juan Pérez Delgado lo retrata de la siguiente manera:

Es un alma irónica, fría y sonriente,  
 tras el transparente disco de una lente;  
 es el gran poeta que ama los sonetos;  
 el que halla en las voces sonoros secretos.  
 Junto a él, vagando, parece que están  
 las sombras de Venus, de Baco y de Pan...  
 (F. 5)

2. Como se ha reconocido por la generalidad de sus biógrafos, la máxima aportación de nuestro poeta a la causa parnasiana se produce con sus composiciones de temas clásicos, y esto es lo que a continuación vamos a tratar siguiendo el esquema mencionado al principio. Comenzaremos por sus conocimientos de la literatura

greco-latina. En este sentido los autores más citados son Homero, Virgilio y Horacio, pero mucho más que éstos Anacreonte, que casi siempre es «el viejo Anacreonte» (cf. E. 77, 153, 210; P. 25, 93), a quien le dedica una de sus más encendidas composiciones:

Viejo maravilloso, amador de la Vida,  
 que era como la amante para ti preferida:  
 ¡cuán sabiamente uniste  
 la frialdad de tus labios a su boca encendida!  
 ¡Con qué amable optimismo al dolor sonreíste!  
 Sintiendo la alegría triunfadora del fuerte,  
 sepultaste entre flores el terror de la muerte...

¡Jamás fueron grotescas tus manos temblorosas  
 si a tus sienas ceñían  
 en banquetes orgiásticos la corona de rosas!  
 Tus férvidas escolias alegres repetían  
 con música de besos las voces juveniles,  
 y aquellos versos mágicos, graciosos y gentiles  
 despertaban enjambres de ardorosos ensueños  
 en las candidas frentes de los rostros risueños;  
 porque era el ritmo en todas tus estrofas aladas  
 como latir de arterias por la fiebre inflamadas;  
 porque en él exaltaste la sensual emoción  
 que florece secreta en todo corazón...

¡Oh, poeta divino  
 de los amores fáciles, de las danzas y el vino!  
 ¡Qué importaba que Eros te clavase algún dardo  
 si el temible chiquillo, por curarte la herida,  
 restañaba la sangre con sus dedos de nardo?...  
 Atropos, la insensible, ¿no lloró arrepentida  
 tras de cortar el hilo áureo de tu existencia?  
 ¡Fue truncar bruscamente una suave cadencia!...  
 ¡Fue romper el encanto, la embriaguez voluptuosa  
 de la onda armoniosa!  
 Porque toda tu vida nos parece como una  
 serenata amorosa  
 en un parque florido y al claror de la luna.  
 (E. 174-175)

Esporádicamente cita también a Corina, Demóstenes, Luciano, Porfirio, Juliano y Orígenes, entre los autores griegos, y a Ovidio, Suetonio, Petronio, Estacio, etc., entre los latinos. De Homero llega incluso a usar su fraseología y así habla de «rebaños de hombres» (Hu. 54) y de «la sombra de la Vida» (E. 56). A propósito de Virgilio y Horacio, Verdugo no le perdona a Fray Luis de León la adaptación que hace de su poesía y el frecuente recurso al hipérbaton, lo que le obligaba a leer una y otra vez alguna de sus composiciones sin lograr comprenderlas: «Yo debo tener menos sentido común que un colchón de muelles; porque he leído estas dos estrofas, lo menos treinta veces, sin conseguir entenderlas. He probado leerlas al revés, y tampoco he conseguido nada. Ya lo ha dicho Jacinto Benavente: ‘Más se admira a los clásicos por muertos que por clásicos’», (P. 70-71). Y hablando de La Laguna dirá en cierta ocasión:

Ella sabe latín: puestas las gafas,  
halla sanos deleites  
leyendo muy despacio  
a Virgilio y a Horacio  
(Hu. 94)

El dominio literario de Verdugo de los autores clásicos llega incluso al nivel del verdadero filólogo. Esto lo pone de manifiesto cuando nos cuenta su experiencia ante las inscripciones pompeyanas y los papiros de Herculano. Del conocimiento de la lengua latina de nuestro autor de idea el siguiente comentario a los *graffitti* de Pompeya:

Estas inscripciones — *graffitti*, las llaman en Italia— trazadas con carbón o con la punta de un cuchillo, son interesantísimas, porque nos descubren la vida íntima y el carácter de los pompeyanos. Por la ciudad véñese en gran número en las murallas, templos y casas particulares. Las hay de todos matices y para todos los gustos. Ya es un burlón despechado el que escribe que varios amigos han cometido la inconveniencia de no invitarle a cenar, y se desahoga llamándoles bárbaros; ora un malicioso indiscreto, que nos hace saber que Epáfara es un libertino, Oppius un ladrón,

y que Suavis el tabernero, siempre tiene sed. Predominan las del género amoroso. Era entonces en uso escribir en los muros las declaraciones amorosas. En Pompeya son tantas que, se podría formar un libro transcribiéndolas todas. No en balde la ciudad estaba bajo la protección de la hermosa madre de Eros... Abundan los versos tomados de los poetas de renombre, sobre todo de Ovidio, el favorito de los jóvenes de aquella época. Algunas declaraciones en prosa son de una espontaneidad encantadora: «Querida Sava, ámame, te lo ruego». Otro dice «Que yo muera si deseara ser un dios sin ti». Léense algunas de elegante delicadeza: «Muñeca mía, a ti me envía el que te pertenece por entero». A veces son ellas las que perpetúan sus fervidos sentimientos: «Metea, la danzarina de Atelanas, ama a Crestus con todo su corazón. Que Venus les sea propicia, y que vivan siempre en buena armonía». Es curioso este *graffiti* en que Virgula da unas calabazas deliciosas a un desgraciado pretendiente: «Virgula a su amigo Tercias: Eres demasiado feo»...

(F. 14-15)

3. Los conocimientos de la Historia de Grecia y Roma por parte del vate lagunero se pone de manifiesto sobre todo por la gran cantidad de retratos poéticos de emperadores que nos ha dejado. Como ya observara María Rosa Alonso las preferencias de Verdugo «se dirigen a las figuras que suponen (la mayoría de las veces) un valor decadente o ambiguo, o bien que están situadas en épocas de crisis y de ocaso»<sup>8</sup>. Como expresa el propio autor en su poema *Obsesión*:

Amo el fuego, la púrpura, la gloria  
de los rojos ocasos otoñales,  
y a los Césares déspotas, triunfales  
y sangrientos fantasmas de la Historia  
(E. 136)

Al último emperador de Roma, Rómulo Augusto, el «Augustulo», le dedica una composición que todavía no refleja la animadversión ni la antipatía que le provocarán otros personajes. Dice así:

Desde el cabo Miseno, que destaca al Poniente  
su oscuro promontorio como enlutado altar,  
Rómulo Augusto, solo, contempla tristemente  
el viejo sol latino perderse tras el mar.

Y piensa en el hundido Imperio de Occidente,  
 que en sus pequeñas manos depositó el azar;  
 ¡el peso era tan grande!... ¡Oh, pobre adolescente,  
 qué juego tan difícil y odioso el de reinar!

Sujeto a frágil trono, basado en sangre y cieno,  
 probaste de una gloria efímera el veneno;  
 ¿por qué, si tú eras bueno,  
 si no tuviste nunca ni orgullo ni ambición?

La púrpura en tus hombros fue clámide irrisoria  
 «Augústulo» te llama, mofándose la Historia...  
 ¡Yo adoro tu memoria,  
 imagen triste y dulce, gemela de L'Aiglon!  
 (E. 82)

A Juliano el Apóstata, así llamado por su renuncia a la fe cristiana y su gran pasión por los autores y dioses paganos, de quien Verdugo llega a decir que su figura «no acaba de serme simpática, pues creo que sus ideales de resurrección pagana era más de político que de artista, y ante la suprema majestad del Arte, la conservación de un imperio —aunque sea el de Roma— es interés muy mezquino» (A. 94), le ofrenda el siguiente soneto:

Te creíste vencido, gran Juliano,  
 y fue sólo aparente la derrota;  
 lanzaste un germen con segura mano  
 al surco abierto por tu espada rota.

De sangre un mar, sobre el oculto grano  
 muchos siglos vertieron gota a gota;  
 hoy junto al sacro leño del cristiano  
 el laurel verde del Olimpo brota.

No, los dioses no han muerto todavía...  
 existirán mientras el hombre sienta  
 con íntimo temblor la Poesía.



Ante las viejas aras no estoy solo...  
 ¡hay quien se postra y angustiado intenta  
 rezar a Cristo y adorar a Apolo!  
 (E. 85)

Pero quien le resulta un personaje siniestro es el emperador Nerón, cuyo incendio de Roma recuerda también nuestro poeta (P. 59) y de quien hace el siguiente trágico retrato:

En lecho de marfil —tálamo antes—  
 vese a la Madre de Nerón tendida;  
 las pupilas vidriosas, suplicantes;  
 rasgado el vientre por mortal herida

Y con ávidos ojos llameantes  
 está el *César*, histrión y parricida,  
 mirando las entrañas palpitantes  
 del mismo seno que le dio la vida.

La espantosa visión turbó su mente,  
 puso un velo de sombra en su conciencia,  
 y un estigma satánico en su frente.

Y en la roja locura de asesino,  
 trágica bacanal fue su existencia  
 y reguero de sangre su camino.  
 (E. 92)

Ahora bien, quien se lleva los mayores improprios por su crueldad es el emperador Tiberio de quien Verdugo nos ha dejado en su *Diario* amplios excursos históricos. Véase un ejemplo del estilo de estas divagaciones en la cita que ofrecemos a continuación, que nos pone de manifiesto, al mismo tiempo, el dominio de la historia romana por parte de nuestro personaje:

Tiberio... este nombre, como el de Nerón, va asociado a la idea de la tiranía más cruenta y despótica. Tiberio... Al pronunciar esta palabra de una sonoridad fría y cruel, nos estremecemos involuntariamente, y evocamos la figura de aquel César misterioso y sombrío que, como dijo Caste-

telar, nunca se había sonreído ni había llorado, como si fuera superior a las debilidades y a las grandezas humanas. Unía a la hipocresía de su padrastro Augusto, la crueldad de los *Claudios*, a cuya familia pertenecía. Empezó a imperar a los 56 años de edad con bondadosa y paternal solicitud, pero no tardó mucho tiempo en manifestarse en toda su odiosa realidad el fondo de aquel carácter receloso, vengativo y sanguinario. Como debía al crimen la posesión del Imperio, el terror le pareció el medio más seguro de conservarlo. Parecía que en un mar de sangre quería sepultar los remordimientos de la muerte de Agripa, tan amado y admirado por Augusto, y el asesinato alevoso del heroico y generoso Germánico. Millares de cabezas caían a una señal suya. Ni sus propias hijas escaparon a la insaciable ferocidad de aquella roja locura de asesino. (F. 82-83)

Verdugo estuvo en la *Gruta Azul*, en la isla de Capri, en la que se conserva todavía el famoso *Salto de Tiberio*, por donde las víctimas eran arrojadas al abismo: «La sombra de Tiberio surge hasta en los lugares más recónditos de la isla que fue teatro de sus postreros crímenes», nos dice el poeta (F. 84). A este odioso personaje le dedica los siguientes versos:

Hay mágicas palabras: el nombre de Tiberio  
tiene una extraña, fría, cruel sonoridad;  
parece que a su influjo resurge del misterio,  
después de veinte siglos, el monstruo de maldad.

Y vemos la figura del amo del Imperio,  
el déspota lascivo, el *César* sin piedad;  
y asoma a nuestros labios la hiel de un impropio  
que muere ante su yerta, sombría majestad...

Yo me he asomado en Capri al borde de un abismo,  
al borde de aquel «Salto» que lleva el nombre mismo  
de quien debió su trono al crimen y al terror.

Allí pensé, mirando la sima pavorosa,  
que me asomaba al alma estéril, tenebrosa,  
del viejo Emperador.  
(E. 97)

La nómina de emperadores romanos descritos por nuestro autor se completa con César Augusto (E. 114) y Heliogábalo, llamado más correctamente Elagábalo, a quien le dedica dos poemas (E. 156 y 157). Personaje histórico muy curioso (fue proclamado emperador a los 15 años), tomó su nombre del dios sol sirio-fenicio, venerado en la forma de una piedra negra cónica, del cual era sacerdote y fanático devoto. Verdugo lo retrata en una de sus composiciones en el momento de su entrada en Roma:

Elagábalus, niño afeminado,  
Sacerdote del Sol, bello, triunfante,  
el Foro cruza en carro deslumbrante  
por mujeres desnudas arrastrado.

Sobre ricos tapices reclinado,  
muestra a la muchedumbre delirante  
la *Piedra Negra*, símbolo flamante  
que en áureo pedestal luce a su lado.

El Augusto saluda sonriente...  
Parece que con él llega de Oriente  
cálido soplo y enervante aroma...

¡Tus vicios, joven *César*, son puñales  
que hincarás con tus manos imperiales  
en las entrañas de la vieja Roma!  
(E. 156)

De Calígula refiere cosas peregrinas: «A fuerza de oír decir a los cortesanos que era un dios, había tomado en serio su divinidad, y trataba como a iguales a los celestes moradores del Olimpo. No contento con mandar erigir un templo en su propio honor, hacía que le llevaran las ofrendas más extrañas: pavones, cotorras y pájaros exóticos... Con estos rasgos, y recordando sus famosas bodas con la luna, no queda en el ánimo la menor duda de que el emperador Calígula, fue una solemne acémila coronada...» (F. 59-60). De tan singular figura nos dejó la siguiente «burbuja»:

Calígula nombró cónsul  
 a un caballo: no hizo mal...  
 ¡Hoy en puestos de importancia  
 se encuentra cada animal!  
 (B. 56)

De la galería de personajes históricos griegos sólo Alcibiades y Alejandro Magno merecen la atención de nuestro autor. Al primero le dedica el siguiente soneto:

Él es la encarnación del aticismo;  
 es un vástago en flor de la nobleza;  
 de vicios y virtudes raro abismo  
 bajo un iris de gracia y gentileza.

Elegante y burlón, une en sí mismo  
 frívola, cortesana ligereza  
 con gallardos arranques de heroísmo  
 y secretos impulsos de fiereza.

Fastuoso como sátrapa de Oriente,  
 Alcibiades, el bello, el indolente,  
 asombra a Esparta como gran soldado.

Ama el estudio y el placer que enerva:  
 es un hijo de Venus engendrado  
 a la sombra del casco de Minerva.  
 (E. 185)

De Alejandro Magno recoge dos momentos de su vida, el de su pubertad y el instante de su muerte (E.116). He aquí el primero:

Ese joven de olímpica belleza,  
 a veces soñador, a ratos fiero,  
 cuando duerme, reclina su cabeza  
 sobre un libro inmortal, timbre de Homero.

Es casto, por temer que la impureza  
 debilite sus músculos de acero;  
 estudia, porque aspira con firmeza  
 a ser entre los reyes el primero.

Montado en el *Bucéfalo* indomable,  
 piensa, tal vez, que dominar la gloria  
 es siempre para un héroe practicable;

y sus ojos de bícroma mirada  
 ven futuras grandezas de la Historia  
 repasando los versos de «La Ilíada».

(E. 115)

Aparte de estas composiciones a emperadores y generales griegos y romanos, de los que se ha dicho que son «joyas de arte»<sup>9</sup>, Verdugo fijó también su atención en personajes de menor relieve, aunque por ello no menos famosos. Tal sucede, por ejemplo, con Antinoo, el joven britinio, de extraordinaria belleza y favorito de Adriano, que murió ahogado en el Nilo. Su muerte fue envuelta muy pronto en románticas leyendas y Adriano erigió templos en su memoria. Fueron muy frecuentes sus representaciones escultóricas de las que se conservan algunas, que de seguro vería nuestro poeta al titular su composición «Ante una estatua de Antinoo»:

La fe que como dios la consagrara  
 se extinguió para siempre; la fe mía  
 grita a los renegados, cara a cara;  
 ¡Yo adoro su belleza, todavía!

Si el pentélico mármol se animara;  
 si adquiriese calor la piedra fría;  
 si ese divino efebo palpitara,  
 como el César la amó yo le amaría.

Bella, doliente historia fue la suya:  
 Lealtad, su guía; Abnegación, su senda,  
 aunque otra historia la malicia arguya...

Si hubo mancha en su amor, río sagrado  
 que recibió su vida como ofrenda  
 ha devuelto ese amor, immaculado.

(E. 100)

De sonetos como éstos deduce Lázaro Santana, antólogo reciente de nuestro poeta, una visión uranista de Verdugo que nos parece excesiva cuando afirma, por ejemplo, que «Aunque su pretexto literario sea el mundo de la historia antigua, los poemas reflejan obviamente su propio pensamiento, su deseo, su complacencia sensual»<sup>10</sup>. Pensamos que el tema del amor homoerótico, de tan honda raigambre en la Grecia antigua, posiblemente sedujera a nuestro autor, pero llevado siempre por la admiración de la Belleza, de la que se confiesa varias veces profundo seguidor. Pensamos que el crítico canario exagera un poco las supuestas inclinaciones de nuestro poeta que, por otro lado, nunca manifestó en su poesía. Pero dejaremos esta cuestión para otra oportunidad, porque se trata de un aspecto que no siempre se ha estudiado en el contexto en que se produce: la profunda admiración de un mundo que tenía de lo erótico una concepción diferente a la nuestra.

4. Otra historia que debió calar hondo en nuestro autor fue la de Mausolo de Caria, en cuya memoria su hermana y esposa Artemisa mandó construir el Mausoleo de Halicarnaso, hacia el 353 a. C., considerado una de las Siete Maravillas de la Antigüedad, como recuerdo del amor que le profesó. Con la clásica ironía y sarcasmo verduguistas dedica nuestro autor a esta famosa pareja dos de sus «burbujas»:

Felicidad conyugal...  
 ¿Existe? ¿Lo dudo o creo?...  
 A ratos me causa risa  
 esa historia de Artemisa  
 y Mausoleo.  
 (B. 59)

Mediten sobre esta tumba  
 el casado y el soltero.  
 Bajo una piedra se guardan  
 de un matrimonio los restos...  
 Desgraciadas Artemmisas  
 que os bebéis a Mausoleo:

envidiad a estos esposos  
 que juntos gozan del cielo,  
 que fieles hasta la muerte  
 dejaron la vida a un tiempo...  
 (Fue la única ocasión  
 en que se hallaron de acuerdo).  
 (B. 108)

Otros personajes de la vida cotidiana citados por nuestro poeta son la famosa y bella cortesana Friné (E. 98 y 141), el legislador Licurgo (B. 25), el estadista Foción (F. 12), y Drusus, el hijo del emperador Claudio y prometido de la bella heredera de Lucio Elio Sejano. Verdugo nos cuenta así «de qué manera, harto ridícula, dejó este planeta el... joven Drusus»:

Una pera fue la causa de su muerte ¡Pobre muchado!... Hallábase en Pompeya, pocos días antes de la erupción, entreteniéndose en un juego casi tan inocente como el *diávolo*: arrojaba peras al aire y las recogía con la boca... No sabemos si su novia presenciaba este candoroso pasatiempo, no muy adecuado a un mocetón de regular estirpe, que pronto iba a ser *cabeza de familia*; lo que sí podemos asegurar es que una de las frutas se le atascó en el garguero al desgraciado Drusus, y le proporcionó una muerte nada interesante.  
 (F. 61)

Una muestra de la extraordinaria cultura del Mundo Antiguo de nuestro personaje la constituye el siguiente pasaje de su *Diario* a propósito de las civilizaciones griega y romana:

Doscientos años después de la fundación de Pompeya, la invadieron los sammitas y la dominaron durante tres siglos. Los nuevos amos, enamorados de la civilización helénica, implantaron su arte y su cultura. Construyeron majestuosos templos del más puro estilo dórico, erigieron bellos monumentos, y, en una palabra, transformaron la oscura población hosca en hermosa y floreciente ciudad. Veíase en ella un teatro de piedra, cuando en Roma se construían aún de tablas; tenía una palestra para los juegos gimnásticos, como las de Atenas o Esparta, y un templo consagrado a Isis, divinidad de origen egipcio, que no fue admitida en Roma hasta cuatro siglos más tarde. Es curioso, pues, observar que la civilización griega estaba profundamente arraigada en la pequeña villa

levantada a orillas del Sarno, mucho antes de que penetrara en el seno de aquella otra, próxima al Tíber, que estaba destinada a ser la dominadora del mundo.

(F. 47)

Reflexiones como la anterior no escasean en las páginas en prosa de nuestro poeta, como cuando nos explica, hasta en sus más mínimos detalles, la toga romana (F. 34), o nos describe la casa pompeyana del banquero Lucio Cecilio Iucundus (F. 29-30), o nos rememora la erupción del Vesubio (F. 9-10 y 24), o establece una comparación del estilo de vida del romano antiguo en contraste con nuestra vida moderna. La fuente primordial de gran parte de este vasto saber histórico fue para Verdugo la *Vida de los Césares*, de Suetonio, que nuestro poeta cita a cada paso. Como continuación de la Edad Antigua, Verdugo admiró y añoró, asimismo, la Edad Media, que describe en estos términos :

En este pardo erial, hosco paraje  
propio para un asceta visionario,  
sueño con aquel tiempo legendario  
de rudeza, de fe, de vasallaje.

¡Qué simbólicos son en el paisaje  
la cruz férrea de un viejo campanario,  
y el castillo roquero y solitario  
que alza su torreón del homenaje!

Edad Media cruel, supersticiosa,  
semibárbara aún, ingenua y dura:  
¿eras peor que nuestra Edad famosa?...

Té doy la preferencia —no es locura—  
y estos versos son pétalos de rosa  
ofrendados al pie de una armadura.

(Hu. 33)

5. Desde el punto de vista de la Filosofía y Religión antiguas, podemos decir que prácticamente no hay corriente o tendencia que



no haya compartido nuestro poeta, o que, al menos, no le haya seducido en algún momento. El propio Verdugo, que se consideraba a sí mismo un «filósofo en pequeño», se definía en cierta ocasión como «ejemplar curiosísimo del *bípedo implume* de Platón, que tenía sentimentalismos de doncella y altiveces de potro indómito» (A. 89). Cronológicamente ordenadas, en su obra es posible encontrar, primeramente, ideas y pensamientos presocráticos que recuerdan a un Heráclito, como cuando sostiene que «en la variedad, en la oposición de sentimientos está el orden, la armonía, lo resultante de un sistema complicado de fuerzas, que produce el equilibrio» (A. 91). En otra ocasión volverá a pronunciarse en la misma dirección cuando se ve obligado, a su pesar, a romper una amistad que creía más sólida, lo que le produce la siguiente reflexión: «Además: meditando sobre las cosas y las causas, descubrí este apotegma secular, que creía enteramente nuevo: No puede existir armonía entre dos personas que viven siempre de acuerdo... Este prodigioso descubrimiento, lo hice después de la conmovedora historia de Artemisa y Mausoleo...» (A. 102). Del pitagorismo le atrajo profundamente su teoría de la reencarnación de las almas, que nuestro poeta interpreta de esta manera:

Decía Empédocles que se acordaba de haber sido árbol, pájaro, después mujer, y finalmente Empédocles. Pitágoras afirmaba haberse llamado Euforbo en el sitio de Troya y de haber sido herido por Menelao. De Euforbo pasó su alma al cuerpo de Hermótimo, después al de un pescador, y al fin reencarnó en el gran filósofo samiense.

¿Quién sabe si nosotros antes de la fase actual de nuestra existencia, hemos paseado bajo los plátanos de la Academia y hemos aclamado al hermoso y valiente Alcibiades, triunfador en las carreras de carros de los Juegos Olímpicos?...

(P. 24)

En cambio, detesta otro sistema filosófico presocrático, el de Parménides y su «abominable filosofía eleática», por negar el mundo externo y la Naturaleza: «¡Y es tan hermoso el mundo de la forma, tangible, plástica, tanto más adorable cuanto que es efímera, como

las rosas, la infancia y todo lo que es bello, y en su mismo carácter transitorio lleva el germen de su eterna renovación!...» (A. 93), exclama en cierta ocasión nuestro autor.

De Sócrates recordaba especialmente aquellas palabras de que: «El que de vosotros, al mirarse en un espejo, se encuentre hermoso, cuide de no deformar la belleza con la deformidad de sus vicios; y aquél que se vea feo, procure borrar la fealdad de su rostro con el brillo de sus virtudes» (A. 95). En cierta ocasión nuestro poeta se definió como un «sibarita idealista» refinado (F. 9), por lo que se comprende que le sedujera de manera especial la teoría aristotélica del ocio, que en versión personal verduguista queda expresada en los siguientes términos:

No hay goce comparable al de tener algo que hacer, y no hacer nada... Aristóteles fue —no cabe duda— un filósofo altamente simpático. El ocio es ante todo la meta, el objeto de la actividad. El ocio no es la pereza, ni la indolencia, sino el descanso del alma, la noble ocupación de los que nada tienen que hacer. El ocio llega a ser un arte, el arte de una vida que halla en sí misma su deleite y su felicidad...

(F. 95)

Pero son las corrientes filosóficas helenísticas las que más hondamente han de calar en el ánimo de nuestro vate. Después de alguna referencia a pensamientos estoicos como el de la *autárcheia* («autosuficiencia»), o, como el propio Verdugo dice, «la fiera independencia de los hombres geniales» (A. 89), pues «El bastarse a sí mismo dicen que es prueba de superioridad intelectual» (A. 93), el poeta se siente impregnado de una concepción cínica de la vida que continuamente aflorará en su obra. Una muestra del cinismo filosófico de Verdugo puede ser su siguiente «abalorio». «Cuando somos felices, quisiéramos que los demás lo fueran también, no por amor al prójimo, sino todo lo contrario, por evitar que el espectáculo de los dolores ajenos pueda amargar nuestra ración de felicidad» (P. 93). Este cinismo le lleva a componer a Diógenes, el fundador de la secta, el siguiente soneto:

Se apagó tu linterna. Lo insondable  
sigue en sombras allende las estrellas...  
La esperanza, que es luz, asoma en ellas  
con un temblor de angustia interminable...

Rey del sarcasmo, ruge, formidable,  
del polvo que guardó tus hondas huellas:  
vuelve y confunde con audacias bellas  
a la grey solapada y despreciable.

Mire la Humanidad —que en el abismo  
de la nada sepulta sus trabajos—,  
la más tremenda sátira en ti mismo:

Expón al sol tus pensamientos bajos,  
y escúpele altanero tu cinismo  
arrastrando orgulloso tus andrajos.  
(E. 192)

Pero, independientemente del cinismo, Verdugo se sentía cómodo igualmente «en los jardines cerrados de Epicuro» (E. 193), hasta el punto de que uno de sus «buenos consejos» era:

Goza como epicúreo refinado,  
y si la estepa del deber te hastía,  
engalana con rosas de alegría  
los jardines ocultos del pecado  
(E. 74)

Epicúreo es también el siguiente pensamiento de Verdugo, que recuerda enormemente la moral utilitaria del filósofo del Jardín: «Nunca hacemos un favor verdaderamente desinteresado; por lo menos nos guía la idea de que nos paguen con agradecimiento...» (P. 90).

El neoplatonismo de Verdugo, del que ha hablado María Rosa Alonso<sup>11</sup>, su gran biógrafa, le viene a nuestro poeta por la vía de Plotino y su idea del alma del mundo e ideal de belleza, que Verdugo refleja en los siguientes versos de su poema «El alma y el cuerpo»:

Un Apolo de mármol, frágil forma,  
 en su triunfante desnudez prefiero  
 a la visión inmensa de los mares  
 y al piélago infinito del desierto...  
 ¿Por qué desdeñas la hermosura humana?  
 ¡Maldigo tu desprecio!  
 Es para el alma la carnal belleza  
 lo que bella palabra al pensamiento;  
 si tanto amas a Dios, alma del mundo,  
 tienes que amar también al Universo;  
 ¡y en la tierra se apoya la rodilla  
 para postrarse y adorar al cielo!

Lo curioso de nuestro poeta, y lo que le hace original desde este punto de vista, es que, después de tanto pensamiento filosófico compartido, termina aconsejándonos:

Ríete de Platón y de Epicuro  
 ¡deja de estudiar filosofías!  
 ¿quieres perder el tiempo?  
 dedícate a sacar calcomanías.  
 (Ho. 92)

Desde el punto de vista de sus ideas religiosas, el propio Verdugo nos ha dejado una página de su biografía (A. 94-96), en la que resume brevemente su evolución espiritual: de la pura y candorosa fe de su adolescencia pasa bruscamente a un materialismo provocado por lecturas mal digeridas, para seguir por un caótico panteísmo y terminar en el espiritismo de procedencia oriental y su teoría de la metempsicosis, o transmigración de las almas, que «si no interesa a mi razón, ha excitado vivamente mi fantasía en determinadas circunstancias de mi vida» (P. 42.3). De todo ello lo que Verdugo verdaderamente comparte es una simbiosis de religión griega y cristianismo, en la que se pudiera rendir a la vez culto a Cristo y a Apolo. Esta «absurda» combinación la deja plasmada en uno de sus más célebres sonetos, titulado «Vértices luminosos», con el que quiero cerrar mi intervención:

Jehová, Zeo, Jesús: Igneo tridente,  
 magna constelación —triángulo inscrito  
 en el cero que abarca lo infinito—:  
 ¡Pon un crisma de luz en cada frente!

La Humanidad bosteza indiferente,  
 hallando el lirio de la fe marchito...  
 Ni áurea leyenda ni sagrado mito  
 surgen ya, como antaño, del Oriente...

¡Jehová, Zeo, Jesús!: Voz angustiada,  
 ve a perderte en la noche silenciosa...  
 ¡No hay un eco en la tierra para ti!

Bajo el cielo, sediento de plegarias,  
 yerguen sus cumbres mudas, solitarias,  
 el Gólgota, el Olimpo, el Sinaí...

#### NOTAS

- 1 Cf. *Homenaje al Profesor Sebastián de la Nuez*, Universidad de La Laguna, 1991, p. 202.
- 2 Para las referencias a las obras de Verdugo citamos de acuerdo con las abreviaturas que dimos en el *Homenaje*, pp. 199-200.
- 3 Cf. RIVERO, J.: «D. Manuel Verdugo: su obra», *La Tarde*, 21 de enero de 1949; ÁLVAREZ CRUZ, L.: «La ciudad y el poeta», *La Tarde*, 13 de septiembre de 1949; DORAMAS, M.: «Alforja para Manuel Verdugo», *La Tarde*, 5 de febrero de 1951.
- 4 Cf. PADRÓN ACOSTA, S.: *Poetas canarios de los siglos XIX y XX*, Santa Cruz de Tenerife, 1978, p. 319.
- 5 Cf. DORAMAS, M.: *La Tarde*, 15 de febrero de 1951.
- 6 *El Día*, 17 de enero de 1952.
- 7 Cf. *La Tarde*, 6 de septiembre de 1945.
- 8 Cf. ALONSO, María Rosa: *Manuel Verdugo y su obra poética*, La Laguna, 1955, p. 99.
- 9 Así las califica PADRÓN ACOSTA, S. en «La Laguna, la filosofía tartarinesca y el busto de Manuel Verdugo», en *La Tarde*, 10 de octubre de 1948.
- 10 Cf. SANTANA, Lázaro: «Manuel Verdugo. Una nota sobre uranismo en la poesía canaria», *Gaceta de Canarias*, 9-10 (1984), pp. 142-144.
- 11 Cf. ALONSO, María Rosa: *op. cit.*, p. 87.